

“Las realidades físicas que median la presencia salvadora de Dios”

Homilía para la Misa del Santo Crisma, 2020

Catedral Santa María de la Asunción

9 de abril de 2020

Su Excia. Revma. Mons. Salvatore J. Cordileone

Introducción

Se dice que no se aprecia realmente algo hasta que uno se ve privado de ello. Lo que se nos priva en estos días nos da ciertamente una renovada apreciación de lo que es más querido para nosotros como católicos. Tal vez era algo demasiado fácil de pasar por alto, sin siquiera notarlo, pero ahora el no poder reunirnos en el mismo espacio físico para celebrar nos hace darnos cuenta de cuánto la práctica de nuestra fe está inextricablemente unida al hecho de estar reunidos.

Reunidos

En este sentido estamos viviendo lo que hemos heredado de nuestros antepasados judíos en la fe. Fíjense en lo que hace nuestro Señor cuando regresa a su ciudad natal para hacer el solemne anuncio de que las profecías de antaño se han cumplido: “Entró en la sinagoga, como era su costumbre hacerlo los sábados”.

Entró en *la sinagoga*. Ya en tiempos de nuestro Señor, la sinagoga se había convertido en un foco de la vida judía: sala de reuniones, lugar de oración, casa de estudio. Y la presencia de Jesús en la sinagoga se repetiría en su ministerio público. Continuaba yendo allí para predicar y enseñar en el Sabbat, el sábado judío, y a veces para hacer curaciones milagrosas.

Además, fue *el sábado*. La sinagoga no es cualquier tipo de lugar de reunión, es una casa de culto. Y así nuestras iglesias, también, no son un mero tipo de lugar de reunión, sino un espacio sagrado, donde la palabra de Dios es proclamada y el sacrificio de Cristo es renovado y hecho presente para nosotros. La tristeza que sentimos al no poder reunirnos este año para estos días tan sagrados debería ser un poderoso recordatorio para nosotros de que, mucho más que una obligación, santificar el sábado mediante la Misa dominical es un privilegio. Qué gran privilegio nos ha dado Dios de adorarlo, escuchar Su palabra y recibir el Cuerpo y la Sangre de Su Hijo en el sacrificio de la Eucaristía.

Óleo de la alegría

Lo que estamos haciendo hoy en particular en esta Misa del Santo Crisma es un recordatorio de algo más central para nuestra fe que podemos fácilmente dar por sentado: la realidad física. La vida sacramental de la Iglesia utiliza lo tangible, lo audible y el toque humano para revelar y hacer presente la acción salvadora de Dios. Y así una vez más este año el óleo será bendecido y consagrado para la unción del pueblo de Dios.

Desde la antigüedad el óleo, el aceite, se ha usado como unguento para perfumar el cuerpo y aliviar las heridas; la Biblia canta su poder para fortalecer los miembros. Se usaba como combustible para lámparas y por lo tanto se veía como una fuente de luz. Así, el aceite llegó a ser visto como un signo del favor divino y de la salvación. En el reino espiritual, el aceite se usa para la unción: para ungir a los que pertenecen a Dios, para transformarlos en un reino de sacerdotes para Dios nuestro Padre del que hemos oído hablar en nuestra segunda lectura del Libro del Apocalipsis; para ungir a los sacerdotes para ofrecer el Santo Sacrificio de la Misa a través del cual Dios nos da el gran privilegio de entrar en la realidad del Misterio Pascual de Su Hijo; y para ungir el altar y las paredes de la iglesia—objetos físicos—para separarlos como un espacio sagrado o un objeto de uso sagrado.

El aceite, sin embargo, también se utiliza para ungir a los enfermos. De hecho, es un aceite especial reservado sólo para este propósito. De todas las penurias en las que se puede encontrar la gente, sólo los enfermos tienen un sacramento especial con un óleo especial designado sólo para ellos. En esta época de pandemia, somos más conscientes que nunca de nuestra responsabilidad de mostrar compasión a los enfermos, y de lo mucho que los apreciamos. Nos revelan el estado espiritual de la humanidad, que sólo puede ser curado y sanado por el óleo de la alegría, que es el favor de Dios, es decir, vivir en la gracia de Dios. Quiero aprovechar esta oportunidad, entonces, para agradecer a aquellos que están dando de sí mismos, incluso en riesgo de su propia salud, para mostrar compasión a los enfermos: los trabajadores de la salud; los primeros intervinientes; los que atienden a los sin techo, y en particular, nuestros propios trabajadores de Caridades Católicas que se esfuerzan por atender a los sin techo en las calles, entregándoles comida y transportándolos a donde necesitan ir. Especialmente quiero ofrecer una palabra de profunda gratitud a nuestros capellanes de hospital que hacen todo lo posible para ofrecer el consuelo espiritual de los sacramentos a los enfermos y moribundos en circunstancias muy precarias. Que Dios los recompense por su generosidad desinteresada en el cuidado de los que están cerca y son queridos de Su corazón.

Conclusión

Por último, deseo ofrecer unas palabras de agradecimiento a todos nuestros queridos sacerdotes. Permítanme repetirles mi profundo agradecimiento por todo lo que está haciendo para dar a su pueblo apoyo, consuelo, esperanza y presencia pastoral mientras continuamos “refugiándonos en el lugar”. Su creatividad pastoral es un signo de la vibrante fe y visión de nuestra iglesia local. Nos reunimos tanto física como remotamente en este Jueves Santo, día que a menudo consideramos como nuestro aniversario común de ordenación, ya que es el día en que nuestro Señor instituyó el Sacerdocio ministerial. Recordemos estar siempre agradecidos a Dios por el privilegio y la responsabilidad que nos ha dado, con todas las alegrías y sufrimientos que ello conlleva. Dios ama al que da alegremente, y, de acuerdo con la promesa de nuestro Señor, podemos estar seguros de que Dios concederá una recompensa eterna a sus buenos y fieles servidores.